



**NICOLAS ESGUERRA**  
1838 - 1938

# Nicolás Esguerra

Por Eduardo Santos

Fue la vida del doctor Esguerra una de las más plenas, hermosas y fecundas que haya vivido colombiano alguno, vida armoniosa que se desarrolló largamente hasta culminar en la augusta ancianidad, por todos mirada con respeto y honda veneración. La gloria no se hizo esperar para él y puso sus verdes gajos sobre la blancura de sus canas, no tan blancas como su existencia límpida y clara, esmaltada por la práctica siempre noble y no pocas veces heroica de las mejores virtudes.

Imposible sería condensar en un breve artículo periodístico —mera presentación de armas de un soldado ante un gran capitán— las características de esa vida admirable, síntesis de todas las cualidades que constituyen al gran ciudadano y al perfecto caballero. Tan múltiple e intensa actividad no puede condensarse en pocas líneas. Fue estadista de visión clara y penetrante; fue orador elocuentísimo, de palabra arrebatadora y conoció todos los éxitos de la tribuna; fue jurisconsulto eminente, y en ese ramo alcanzó las mayores alturas y el sumo prestigio; en el magisterio llegó a ser con brillo auténtico, rector del histórico Colegio del Rosario; ejerció el mando en las preeminencias del poder y conoció las amarguras de la proscripción; miró serenamente, sin desvanecerse ni amilanarse, la popularidad y la impopularidad; fue parlamentario de espléndida eficacia y político hábil y sincero; fue periodista de primer orden, y en ese campo puso siempre de acuerdo la firmeza con la cortesía, el ardor de sus convicciones con la hidalguía de su nunca desmentida caballerosidad. Afrontó todos los peligros y se irguió ante los poderes, sin que saliera nunca de su pluma el vocablo procaz, la insinuación calumniosa o el insulto plebeyo.

Pero si nos fuera preciso escoger entre tantos aspectos los que a nuestro juicio son más reveladores de su íntima personalidad escogeríamos su valor civil y su comprensión del ideal liberal. Valor civil que en él fue supremo, y es cuali

dad tan rara en estos trópicos en donde todos más o menos saben jugarse la vida en una hora de exaltación, y tan pocos son capaces de enfrentarse pacíficamente a los fuertes, de decir la verdad como la sienten cuando prima la mentira, de cumplir un deber cuando ello es peligroso, de arrostrar las iras y las injurias por ser fieles a una honrada convicción.

El doctor Esguerra tuvo ese valor constantemente, a lo largo de su vida de patriarca, y lo tuvo sin jactancias, con esa suave firmeza que brillaba en todos sus actos. Como representante radical en tiempos de la Federación, defendió los derechos de las congregaciones religiosas, sin trepidar ante las protestas airadas de muchos copartidarios intransigentes, ni asustarse por los motes con que pretendió desacreditarse. Cuando vinieron las violencias de la Regeneración él, hombre civil, las desafió una y otra vez, levantando su voz acusadora de varón inerme, armado sólo de ideas, y lo aceptó todo, antes que claudicar; todo, la ruina, la prisión, el destierro, cuanto hubiera podido evitar guardando el silencio que tantos otros guardaron.

En 1899 el gobierno, por él tan combatido y que tantos males le había hecho, solicitó sus servicios para gravísima cuestión nacional, para algo de que dependía la suerte de Panamá, y el doctor Esguerra, desprendiéndose de todos sus arreos políticos, acudió al llamamiento de la patria y por oírlo desoyó los clamores partidaristas, que lo hicieron blanco de todas las cóleras, impotentes ante su convicción de que el deber patriótico lo llamaba al puesto que sirvió con todas sus fuerzas y hasta donde se lo permitieron adversas circunstancias. Cuando en 1906 el gobierno del Quinquenio hizo juzgar por una Corte Marcial y bajo una atmósfera de terror a los acusados de la conspiración del 19 de diciembre, el doctor Esguerra ocupó sin trepidar su puesto en el banco de los ilustres defensores, y habló con claridad valerosa, no con eufemismos ni medias tintas, sino de manera franca y neta, en alegato que es una de las más bellas piezas jurídicas y políticas de nuestra historia.

Más tarde, cuando todo parecía dominado en el país y ante una Asamblea fabricada ad-hoc, se discutían unos tratados perjudiciales para el país, y se aprobaban ya, a espaldas de éste, el doctor Esguerra alzó su voz de protesta, y esa vez de quien ya pasaba de los setenta años conmovió a la república y derribó un régimen de fuerza que parecía granítico. Fue en ese momento la conciencia nacional, y por serlo, no midió ni el peligro, ni la magnitud del adversario, ni la ato-

nia en que parecían hallarse los ciudadanos. Su deber lo obligaba a hablar y habló, y fue su Memorial histórico como aquella piedrecita desprendida de la altura de que nos habla la parábola bíblica, que destruyó al coloso imponente en quien nadie antes osaba poner los ojos.

Después, ocupó su puesto con franco entusiasmo en las filas republicanas hasta cuando ya ellas dejaron de ser una realidad política para ser sólo una aspiración ideológica, y volvió entonces a su viejo campo liberal, con entusiasmos no apagados por el peso de ochenta inviernos, y con criterio siempre libre y propio. Fue de los pocos que en 1922 optaron —él, que ya nada podía ambicionar— por la cooperación liberal en el gobierno que se iniciaba, y entonces dio a quien le preguntaba qué debería hacerse, su célebre y lapidaria respuesta: “Yo, si fuera el caso, procedería teniendo en cuenta tan sólo mis deberes de ciudadano y mi condición de hombre libre”.

Ese valor civil, del que apenas damos poquísimos ejemplos, era en él una consecuencia de su idealismo liberal, honrado, vigoroso, permanente. Liberal hasta en lo íntimo de su ser, profesaba un vivo respeto por las opiniones ajenas, pero no les sacrificaba las propias; se guiaba libremente por su conciencia y su criterio, no por el calor fugaz de las multitudes; no era —como de Mosquera dijo Núñez— de quienes reciben el impulso sino de quienes lo dan, y no se había hecho para su contextura moral el hábito del gregarismo. Creía en el pensamiento libre como la más preciosa conquista de la humanidad, y a él amoldaba sus actos, guiándose por la razón, por la voz infalsificable de su conciencia en todas aquellas cosas graves en que no hacerlo es traicionarse a sí mismo.

Y comprendió el doctor Esguerra los ideales liberales con exactitud maravillosa. Crecido a la sombra de Murillo, compañero de los Pérez y de Parra, actor principal en los gobiernos de la Federación, vio en aquellos ideales todo lo que encierran de tolerancia, de respeto por la libertad humana, de relatividad para medir las cosas y los hombres, de intensa sed de progreso constante y de justicia para todos; quiso llevar el liberalismo a las almas como una norma general de conducta y como un programa de gobierno, y para ello dio ejemplo practicándolo gallardamente, en todos sus actos.

Fue el doctor Esguerra un altísimo símbolo de lo que debe y puede ser el liberalismo. Pero no fue tan sólo un gran liberal, sino ante todo un gran colombiano, que amó a su pa-

tria y la sirvió con infinita devoción, que la honró con sus procederés y acrecentó su gloria con la que alcanzó para sí, que es ya gloria de Colombia, porque lo es el varón benemérito de quien ahora se celebra el centenario del nacimiento.

Pero más que incompletas quedarían estas líneas si al lado del político y del estadista, junto a los actos magníficos y arrogantes de su vida pública, no se dijera algo del hombre que en la vida privada fue modelo admirable de amor a los suyos, de bondad infinita, de insuperable corrección, de probidad diamantina e insospechable. Su hogar realizó el ideal de la familia y jamás se cerró para quien allí iba en busca de protección o de consuelo; su corazón generoso no conoció las pequeñas pasiones y supo de todas las bondades. Gran señor en sus maneras, era el tipo del hidalgo siempre digno, siempre afable, con aquella refinada educación y exquisita delicadeza que ya no se estilan en estos burdos tiempos y que realizaban sus procederés con el más discreto sello de elegancia. Y después de ochenta y cinco años de vida y de cerca de setenta de intenso trabajar, después de haber ocupado puestos altísimos y de haber gozado de influencias incontrastables, murió pobre, porque nunca supo de codicias ni sintió el acicate de la sed de oro, y como herencia sólo legó a los suyos el tesoro inmaterial e invaluable de su ejemplo y de su nombre innaculado, que el país entero pronuncia hoy con la cabeza descubierta.

Imitemos el ejemplo del varón fuerte, tipo acabado del hombre civil y del buen ciudadano, cuya vida entera fue una larga y nobilísima enseñanza que servirá como seguro faro a las generaciones futuras que quieran siempre seguir el camino del honor, del patriotismo, de la verdad y de la sincera y austera adhesión a los ideales liberales, ese camino que siempre siguió Nicolás Esguerra, y en el cual dejó huellas gloriosas que el tiempo no borrará jamás y que perpetuarán su nombre esclarecido mientras Colombia viva.

**EDUARDO SANTOS**

Patrono de este Colegio Mayor, como Presidente que es de la República.